

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.



PRECIOS DE SUSCRICION

Barcelona: un trimestre adelantado. 4 plas.
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 plas.
Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 plas.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION:

Baja de S. Pedro, 30
Se publica los Jueves

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Lérida, Administracion de
El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º
Madrid: Barquillo, 5. pral, int.
-Alicante: S. Francisco, 28. dup.

SUMARIO.

Advertencia importante.—Tomemos ejemplo.—Feliz el que esparce el bien.—Cármén, ó lo que influye en la vida una mujer virtuosa.—La violeta blanca.—Suscripcion.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los suscritores que renueven la suscripcion para el año IV de LA LUZ, siguiendo la costumbre establecida por su propietario, se les regalará un Almanaque para el año 83, haciendo cuanto esté de nuestra parte porque sea una libro útil y agradable.

A los suscritores que en todo el mes de Junio no renueven la suscripcion ó den aviso que continúan suscritos á la LA LUZ, dejará de enviárseles el periódico para el mejor orden de su administracion.

TOMEMOS EJEMPLO.

Al comenzar el cuarto año de LA LUZ, queremos fijar nuestras miradas en seres nobles y virtuosos para tomar ejemplo, para fortificarnos en el bien, para engrandecer y dulcificar nuestro sentimiento.

¡Se leen tantos horrores! se cuentan tantas historias á cual más crueles y más espantosas, que sino existieran algunas almas buenas, los que no cometemos ningun crimen, los que soñamos con la fraternidad universal, viviríamos muriendo, nos creeríamos condenados á sufrir las penas del infierno del que tanto hablan las religiones; pero cuando fijamos nuestro pensamiento en esos seres generosos que viven consagrados al bien de la humanidad, nuestra alma sonríe, la esperanza de habitar en mundos mejores nos consuela. Comprendemos perfectamente que esos espíritus tan sensibles y tan adelantados, son hijos de otras regiones más purificadas que la tierra, y ante la pluralidad de mundos habitados se engrandecen nuestras aspiraciones, adquirimos nueva vida y decimos: La virtud existe, esos seres virtuosos cuya noble historia nos conmueve y nos entusiasma no son un mito de nuestros locos deseos, sino una consoladora realidad.

¿Qué se necesita para llegar á ser como ellos? ¿Qué? Virtud, abnegacion, saber amar, saber sentir; he aquí todo.

¡Lectoras de LA LUZ! tomad ejemplo de varios seres verdaderamente generosos cuya noble historia vamos á compendiar en breves líneas.

Dice *La Ilustracion* en su número 77 correspondiente al 23 de Abril último:

«Hace poco Nueva-York vió un entierro como tal vez no ha presenciado otro más grandioso en sus calles. Llevaban el féretro el gobernador, el alcalde y los primeros comerciantes; seguíanle las personas principales de la ciudad, el arzobis-

po católico y el clero de todas las confesiones, huérfanos de todos los colores, en fin, un cortejo de millares de individuos; mientras pasaba por delante de la bolsa, interrumpiéronse los negocios por media hora. Estos honores extraordinarios, los mas grandes que el pueblo republicano puede tributar á un muerto ilustre, tributábanse á una anciana sencilla que nunca habia vestido traje de seda ni llevado guantes de cabritilla, pero cuyo nombre vive en la boca del pueblo como el de una bienhechora en grande estilo. La que llevaban al sepulcro llamábase Margarita Hanghery. Siendo hermana de la Caridad, cuidó una vez á un hombre rico, quien enternecido por su desinterés y su celo caritativo, determinó casarse con ella in articulo mortis para dejarla heredera de sus bienes, y de este modo en estado de satisfacer sus aliciones benéficas. Dispensáronsele los votos para contraer un matrimonio que la muerte disolvió inmediatamente. La fortuna heredada fué empleada toda en actos de beneficencia. En el puerto construyó una fonda grandiosa para dar comida y alojamiento baratos á obreros y marineros; fundó tres grandes casas de huérfanos sin distincion de razas ni de religion, y gastó centenares de miles de duros en otras fundaciones humanitarias. Abijó á un alumno de sus casas de huérfanos, y este se mostró digno de tal distincion ayudando lealmente á su madre adoptiva en la administracion de sus establecimientos. El dia del entierro de Margarita Hanghery fué un dia de luto para toda la poblacion.»

¡Cuan bien estará este espíritu! pero sigamos nuestro relato copiando de otro periódico dos hechos verdaderamente conmovedores.

LA VIRTUD PREMIADA.

«El dia 14 de agosto se celebró en el palacio de la industria en Paris la sesion pública anual de la Academia francesa. Presidia Mr. Cuvillier Fleury. El secretario leyó algunos trozos del *Elogio de Bourdaloue* que obtuvo el premio de la elocuencia. Terminó la sesion con el discurso del presidente sobre los premios á la virtud. Despues de recordar el origen de estos premios, que fundó, como es sabido, Mr. Monthyon, hizo ver Cuvillier Fleury que la mente del fundador fué que estos premios se concediesen especialmente á los que luchasen con valor contra los reveses de una posicion difícil y oscura, y refirió las siguientes anécdotas que interesaron vivamente al auditorio.

«José Bernard, poseedor de un modesto taller de cerrajero, apenas podia sostener con él las necesidades de sus familias, y sin embargo, dividia sus pobres recursos con otros mas necesitados que él, distribuyendo el domingo las ganancias de la semana entre los enfermos y dolientes. Hacia ya treinta años que su mujer se habia asociado á esta obra de beneficencia, mostrándose paciente, asidua, vigilante y dispuesta siempre para el bien, con la dulce sonrisa del que siente y practica el espíritu de sacrificio. Un dia encontró á algunos pasos de su casa cuatro niños abandonados por sus padres, con el cuerpo cubierto de una asquerosa lepra y en un estado de suciedad tal, que inspiraban horror. Esto no obstante, se los llevó á su casa, los adoptó y les dispensó los mayores cuidados, sin que la retrajese de ello su repugnante estado. Entre tanto su marido ensanchaba la casa para poder dar cabida en ella á la nueva familia; se reducía á la pobreza y se privaba de todo.

»En otra ocasion, la mujer de Bernard, viendo venir por la calle una pobre jóven, cuyos vestidos apenas la cubrian, hizo alto, se acercó á ella, le cubrió las espaldas con un pañuelo y la hizo llevar á un asilo de pecadoras arrepentidas, donde su juventud y su honor estaban á salvo. De la misma manera salvó á otras muchas jóvenes indigentes. En esta santa empresa de la salvacion de las almas, su celo no retrocedia ante ninguna contrariedad ni ante ningun oprobio. Entraba tambien en esos garitos donde tantas jóvenes se han perdido, se acercaba á ellas, las interrogaba, hacia que prestasen atencion á sus palabras, y á veces las enternecia. De los datos reunidos por las autoridades de la ciudad de Rennes, resulta que salvó mas de ciento de estas desventuradas jóvenes. «Vengan, decia el Capellan del convento de la Visitation; vengan veinte mujeres como la de Bernard, y yo me encargo de transformar la clase obrera de Rennes.»

»Durante la guerra oyó decir esta valerosa mujer que el campo de Coulie estaba lleno de enfermos. Corre á él y se dedica al servicio de las ambulancias. Por su edad, parecia ya inhabilitada para una tarea como esta, y aun sus fuerzas no basta-

ban en apariencia. Pero la caridad la sostuvo hasta el fin. Su marido, que se había quedado en Rennes, cuidaba á los soldados que padecían de las viruelas, sepultando los cadáveres sin disfrutar un instante de reposo, y siempre dispuesto día y noche para ir á auxiliar á los moribundos.

»La Academia ha concedido el premio Montbyon (premio á la virtud consistente en 2,000 francos) á los esposos Bernard.

»Otro premio igual, también de 2,000 francos, ha sido adjudicado á la Sra. P.^a Emilia Proudhon, fundándose en una carta notable suscrita por diputados, consejeros, individuos del clero y las personas mas visibles de Nantes. La Sra. Proudhon tiene cincuenta y ocho años. Su vida se resume en una obra única, pero que cuenta de duracion medio siglo. Siendo niña y huérfana la adoptó un jornalero pobre como ella, el cual empezó á sufrir al poco tiempo de un cáncer en la cara. Para atajar el mal y sostener al enfermo y su mujer, Emilia estaba sola. No se la vió, sin embargo, desfallecer un instante, ni ante el horrible tratamiento que exigía la enfermedad, ni por el miedo al contagio, que al fin la alcanzó un día, habiendo vuelto á su puesto así que fué curada, y continuando en él actualmente. Para sostener á la familia que la había adoptado, solamente contaba con el jornal de franco y medio que ganaba en una fábrica de tejidos de algodón. Uno de sus parientes, queriendo sacarla de situación tan precaria, le ofreció en su casa un asilo, que Emilia rehusó. El jornalero que la adoptó desde la niñez, la necesita ahora mas que nunca, y ella se muestra dispuesta á persistir hasta la muerte en su reconocimiento.»

¿No es verdad que el alma sonríe ante esos grandes rasgos de generosidad, y que por alcanzar la gloria de ser bueno no nos asusta el sacrificio, si este nos ha de conducir á la perfección?

Nosotros cuando vemos esos espíritus fuertes y enérgicos sentimos tan profunda admiración, nos vemos tan pequeños ante sus relevantes virtudes!... y esta pequeñez nos mortifica tan dolorosamente!... lamentamos con tan honda pena los siglos que hemos perdido!... comprendemos tan perfectamente que lo mas hermoso en la vida es ser bueno!... que nos preguntamos con febril afán; ¿dónde está la mina de la virtud para buscar sus filones divinos?—La boca de la mina se encuentra cerca de los seres virtuosos; porque su bondad nos sirve de poderoso estímulo para progresar; y como en la tierra, desgraciadamente, no hay muchos modelos de nobleza que imitar, es preciso que los pocos que hay sean bien conocidos de todos.

No estamos conformes en cierto sentido con el adagio evangélico, que lo que hace la mano derecha que no lo sepa la izquierda, porque la caridad hecha de ese modo no difunde la luz; no se crea por esto, que queremos que las obras de caridad sean publicadas á son de trompeta, ni que se envanezca el que las hace, pero si es muy conveniente que á ciertos corazones mas ó menos indiferentes se les refiera las obras de caridad que se hacen, para que aquel tome ejemplo, y si no ejemplo precisamente porque de por sí ya sea generoso, se aviva mas el sentimiento; y como hecho práctico referiremos lo que hemos visto hace pocos días.

Una amiga nuestra compadece mucho á los ciegos, cuando les dá limosna les pregunta por qué perdieron la vista. Este interés tiene su historia: ella estuvo muy cerca de quedarse ciega, y por esta razon sabe compadecer á esos desgraciados. Hace algun tiempo, le inspiró simpatía una niña y un ciego, y ha hecho cuanto ha estado de su parte por proporcionarles algun alivio. Hace tres meses que estando en casa de Celia vimos entrar á un caballero á quien Celia recibió afectuosamente y nuestra amiga rodeó la conversacion de manera que llegó á hablar del pobre ciego y de su hija, refirió las limosnas que les había proporcionado, y hasta la que ella les hacia, y aquel caballero muy amigo de hacer el bien, se sintió conmovido y le dijo:—Cuente V. con un donativo mas, yo le daré para ese infortunado dos duros mensuales. Celia se puso contentísima, y al quedarnos solas nos dijo:—¡Qué bien! he logrado lo que yo queria; todo mi afán es despertar el sentimiento de la humanidad, por esto pongo de relieve las pocas virtudes que encuentro en mi camino, porque el amor atrae amor, la abnegacion de los unos produce el sacrificio de los otros.

Hablar de crímenes y de crueldades parece que endurece el corazón y le hace á uno creer que es mucho mas bueno de lo que es en realidad; porque naturalmente, la persona que no le hace daño á nadie, si se compara con un asesino, claró está

que es mejor que un santo; pero si se pone al lado de los grandes bienhechores de la humanidad, se encuentra que es un sér improductivo.

El no hacer mal no es ningun mérito, la cuestion es hacer bien sin cansarse nunca; porque las buenas obras es el único patrimonio del espíritu, no tiene otro. Por eso nosotros, siempre que podemos, siempre que encontramos rasgos de bondad nos apresuramos á decir:—En tal punto hay un alma buena! en tal paraje hay un sér virtuoso! id á conocerle! estudiadle! imitadle! Todo nuestro afán es despertar el sentimiento. Por eso, LA LUZ DEL PORVENIR es un periódico apropiado para los mendigos de la tierra, en sus páginas no encontrarán los sábios los hermosos reflejos de la ciencia ni los grandes problemas filosóficos; pero los pobres, los desvalidos encontrarán historias tristes, episodios de la vida real, hechos innegables de la comunicacion constante que existe entre los vivos y los muertos.

Queremos llevar el convencimiento á los desgraciados, que viviremos mañana, que nuestras penas tendrán un término, y para tenerlo hemos de tomar ejemplo de las almas buenas, hemos de amar, de compadecer, hemos de tomar parte en las penas de nuestro prójimo. Haciéndolo así, lectoras de LA LUZ, no lo dudeis, el sol de la felicidad irradiará constantemente en los múltiples mundos que en nuestra eterna vida hemos de recorrer.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

FELIZ EL QUE ESPARCE EL BIEN.

El que escribe, puede decirse que se convierte en Aristarco de la sociedad en que vive, en censor de sus semejantes, cuyas huellas sigue con solícita mirada. Una palabra misteriosa, un suspiro, el silencio á veces, un traje raído llevado con cierta elegancia, unos cabellos rúbios, el llanto de un niño, la impaciencia del jóven enamorado ó la calma y severidad del anciano, todo es útil para el escritor, que á todas horas anda mirando, escuchando y recogiendo los datos que la humanidad inconscientemente le ofrece.

El que escribe, tiene el sagrado deber de difundir la sana moral; pero al mismo tiempo es necesario que la hermosee con las galas de la poesía y el sentimiento, para que el lector no se aburra y aprovecha sus lecciones; y aunque nosotros distamos mucho de poseer el difícil arte de mezclar lo agradable con lo útil, no podemos resistir al deseo de trasladar al papel una verídica historia, cuyo conocimiento debemos á un amigo que nos autoriza á publicarla.

Era un día del mes de Diciembre, triste como la agonía y frío como la indiferencia; las calles de Madrid se hallaban cubiertas de nieve, y los que tenían necesidad de transitar por ellas, procuraban ir tan de prisa como podían, para evitar el helado soplo del Guadarrama.

A pesar de ser la temperatura muy baja, pues aquel día marcaba el termómetro centígrado diez grados bajo cero, una pobre mujer y dos niños de unos seis años, mal abrigados y medio descalzos, recorrían las calles implorando la caridad de los transeúntes. Los infelices apenas podían articular palabra; pues el frío que helaba sus rostros unido al que sentían sus estómagos, tenía casi paralizados sus miembros: cuantas personas encontraron al paso, parecían sordas á la voz del sentimiento, según el poco caso que hacían de ellos. Por fin, á la mujer, madre, al parecer, de los niños, le faltaron las fuerzas y se dejó caer desfallecida en un portal; y los niños se sentaron apoyando sus rubias cabezas sobre las rodillas de su madre, que extendió sobre ambos las manos á la vez que levantaba sus ojos al cielo con amarguísima expresión.

¿Qué significaba aquella mirada?

¿Era una súplica para que Dios velara por aquellas criaturas, ó era ese último adiós, terrible y desesperado, que lanza una madre al ver que sus hijos quedan huérfanos y miserables?

¿Quién es capaz de adivinar lo que sintió la pobre madre en aquellos momentos! Lo cierto es que cerró los ojos y quedó sin movimiento; su rostro se tornó livi-

do, y en sus labios se dibujó una sonrisa tan amarga como su mirada. Su espíritu, abrumado por las miserias de la vida, buyó de la tierra en busca de otros mundos donde reinaran más caritativos sentimientos. Momentos despues, los niños acariciaban á su madre creyéndola dormida; mas como vieron que pasaba el tiempo y no se despertaba, echaron á llorar desconsolados.

Un caballero que á la sazón acertaba á pasar por allí, se detuvo, y viendo que la pobre mujer era cadáver, y sin cuidarse de la triste situación en que quedaban aquellos infortunados, se apresuró á poner el hecho en conocimiento de la autoridad, al objeto de que se le diera la correspondiente sepultura; creyendo con solo esto, haber practicado una obra meritoria; otros, más compasivos, dieron algunas monedas á los niños; por último, un jóven de simpática fisonomía, se adelantó hácia los pequeños, y cogiéndoles de las manos, les dijo:

—¿Os quereis venir conmigo?...

—Sí, contestaron.

Y mirándole como á su providencia, se fueron con él atravesando el grupo de curiosos, que se hacia cruces de la generosidad del jóven, con tanto más motivo, cuanto el raído traje de éste no revelaba una posición muy holgada. Y, efectivamente, el improvisado protector de los huérfanos era un pobre artista que se dedicaba á la pintura y vivía de su trabajo, manteniendo á la vez á su bondadosa madre, único ser que constituía su familia, y á la que amaba entrañablemente.

Felipe llegó á su casa más satisfecho de su buena obra que si le hubiese tocado el primer premio de la lotería; porque, para las almas nobles, la práctica del bien es la mayor felicidad. Desde aquel día, miró á sus protegidos como hermanos; y la buena de su madre, á más de cuidar de su subsistencia, se esmeró en educarlos como si fuesen sus hijos.

El jóven pintor trabajó sin descanso y no perdonó sacrificio alguno, hasta hacer de los huérfanos dos hombres instruidos y dos buenos artistas; y como los niños eran aplicados y agradecidos, cooperaron á los buenos deseos de su solícito protector.

Cuando pudieron ganarse el sustento por sí solos, Felipe les dejó en plena libertad de irse á donde quisieran; pero ellos, que amaban á sus protectores y les profesaban la verdadera gratitud del alma, no consintieron en separarse, haciéndose así más solidario el amor de aquellos seres; amor inspirado por la caridad ante el infortunio, desarrollado por los voluntarios sacrificios de Felipe y su madre, y completado por el más generoso desprendimiento; formando desde entonces un hermoso grupo, cuyo jefe, por voluntad de todos, era Felipe. La Providencia, que veía los bellos sentimientos que les animaban, parecía enviarles sus abundantes dones por medio del trabajo, pues éste de día en día se aumentaba, al paso que era retribuido con más esplendidez.

Un día, Felipe fué llamado á casa de un caballero para que hiciera los retratos de sus hijos; mas como quiera que se hallaba ocupado en otros trabajos, envió á sus protegidos, seguro de que desempeñarían su cometido tan perfectamente como él. Y así sucedió: el caballero quedó tan complacido, que les retribuyó espléndidamente. Entonces ellos le dijeron que cuanto sabían, se lo debían á su protector, y le contaron todo lo que Felipe había hecho.

El caballero les escuchó atentamente, y pasándose la mano por la frente como el que quiere recordar mejor, exclamó: «No hay duda, son los mismos.» Despues, dirigiéndose á los jóvenes, les dijo:

«He recibido hoy una lección utilísima, que sabré aprovechar en lo que me resta de existencia: Felipe, siendo pobre, hizo lo que yo pude hacer sin sacrificio, pues soy inmensamente rico: yo ví el cadáver de vuestra pobre madre, y sólo dispuse su enterramiento: mandé decir una misa por su alma, y no me acordé de vosotros; creyendo haber hecho mucho, cuando, en realidad, no hice absolutamente nada. ¡Oh fanatismo, fanatismo! en que estado de idiotismo tienes á los hombres!

»Quizá la Providencia os ha enviado aquí para despertar mi conciencia. Gracias ¡Dios mío! pues parece que entreveo un rayo de luz.

»El pobre artista tiene hoy la satisfacción de ver en vosotros la recompensa de su digna obra, puesto que le dais gratitud y amor eterno; en cambio, yo, el rico caballero, me sonrojo ante la magnánima nobleza de aquél que, sin bienes de fortuna,

tuvo la abnegacion de recoger dos huérfanos y alimentarlos con el pan de su trabajo. ¡Dichoso y feliz mil veces el que esparce el bien sin interés alguno!

»Decid á vuestro protector que me tendria por muy honrado si me concedia su amistad, y que, procediendo de un sér altamente noble, seria para mí una de las mejores adquisiciones.»

Apenas supo Felipe el deseo del caballero, corrió á su casa á ofrecérsele en cuanto pudiera serle útil; y el anciano, al verle, le abrazó diciendo: «Sed mi mejor amigo, y os deberé mi felicidad moral. Quiero desde hoy ser el padre de los pobres y aprovechar lo que me resta de vida, en imitaros, haciendo el bien por el bien mismo. Habeis hecho la felicidad de dos niños, y habeis despertado la conciencia de un anciano.»

Desde aquel dia el artista y el rico propietario fueron íntimos amigos, siendo el último el consuelo de los pobres. Hizo donacion á Felipe de una parte de sus bienes, salvándole así de la miseria; pues más adelante el virtuoso pintor quedó sin vista é imposibilitado para seguir trabajando. Cuando esto sucedió, sus protegidos redoblaron sus caricias y cuidados, pudiendo así llegar á una avanzada edad, querido y respetado de todos, en justa recompensa de sus virtudes; y hoy los hijos de los protegidos de Felipe, áun respetan la memoria de aquel noble espíritu, que supo hacerse querer eternamente.

¡Cuán hermoso es el recuerdo de los buenos!

¡A cuántas consideraciones se presta esta verídica historia!

Muchos son los que podrían tomar ejemplo de ella, y con este fin la hemos transcrito, ya que la humanidad es tan olvidadiza en la práctica del bien que necesita á cada momento estímulos y lecciones.

La superficialidad lo invade todo, haciendo perder un tiempo precioso á las familias, que viven año tras año en el mayor abandono sin acordarse de los séres que gimen bajo el peso del infortunio.

La mayoría de los humanos van engalanados por fuera; pero interiormente no llevan sinó arapos: en sus dormidas conciencias apenas si sienten una que otra vez el acicate de la virtud.

Tenemos sed de progreso, y, en nuestra impaciencia, cada minuto que se pasa en el estacionamiento nos parece un siglo. Procuremos que el siglo pase con la velocidad del segundo, empleando todo el tiempo que nos sea posible en la práctica del bien.

Gracia.

CÁNDIDA SANZ

CÁRMEN

O LO QUE INFLUYE EN LA VIDA UNA MUJER VIRTUOSA.

La casa de Cármen, ese nido de amores que atrae con su fragancia, sencilla y á la vez hermosa, se presenta á nosotros como el santuario donde la virtud de una mujer activa ha embalsamado con su hálito la atmósfera que allí se respira. Mas ya que hemos penetrado en esta retirada y silenciosa morada, busquemos á sus dueños, busquemos la mano que en todo há impreso la sombra de su sér, la sonrisa de su alma, la poesía de su corazón. Entremos en este pequeño aposento que ante nosotros hallamos y quedemos extáticos; enmudezca el labio, comprímase el aliento, no turbemos la apacible calma, que un ángel duerme y otro vela. Respetemos su sueño, que el sueño de los niños, es un cúmulo de misterios: su apacible sonrisa nos demuestra que otros ángeles se acercan á su lado comunicándoles recuerdos gratos de su anterior estancia en otras vidas; no interrumpamos con nuestra curiosidad indiscreta sus pláticas inocentes; pero inmóviles, como la estatua del mutismo, miremos sin ser vistos, y observemos el rostro del pequeño niño que en descubierto dejan las entreabiertas cortinas, y el semblante de Cármen, de su hijo fiel reflejo: vedla como sonríe cuando el niño sonríe, y como se estremece al menor movimiento del inocente: sus manos se deslizan sobre la labor, y sus ojos corren tras el pequeño niño.

Retiremos un poco nuestra figura. Un hombre viene: franqueémosle el paso: es su esposo: se acerca; y al ver el cuadro que ante sí se observa, también guarda silencio; y la sombra de la felicidad sombrea su semblante franco y varonil.

Corramos un velo ante tanta belleza; no intentemos describir los misterios de una cuna, que nuestra pluma nunca á hacer tal cosa acertaría; nunca nuestra imaginación podría copiar tanta poesía.

Retrocedamos algunos años y penetremos en una casa de regular aspecto, cuyos habitantes entregados al trabajo, sinó son felices parecen serlo.

Una jóven de rostro simpático se presenta entre aquellos habitantes la que, por sus deferencias, por sus exquisitos cuidados, se entrevé en ella á la mujer virtuosa, á la mujer soñada y pocas veces hallada.

Un jóven la pretende, se aman mejor dicho; pero si es un tronera exclaman sus padres; si es un calavera dice el mundo; ¿qué porvenir le guarda á esa virtuosa jóven? Todos temen por la pobre Cármen, porque con todos es buena, todos se desvelan por amenizarle la vida: solo el elegido por su alma, como si en su sufrimiento se gozara, la contraria, torna en tristeza la graciosa sonrisa de sus lábios, y en melancólica la profunda mirada de sus ojos negros. ¡Cuánto sufren los ayer dichosos padres! ¡cómo se afanan por distraer la atención de la jóven presentándola imágenes bellas, poniendo á su vista los encantos del mundo, tratando de arrancar de su corazón aquella imagen! Pero nada: ni ella pretende trocar en risa alegre su melancolía, ni su amante parece cambiar en arreglada su borrascosa vida; mas á pesar de todo, sacrifica su libertad, únese á Cármen, que alegre marcha hácia el altar, no obstante los augurios de un negro porvenir, y el lazo del matrimonio liga sus existencias.

¡Pobre hija mía! dicen sus padres; ¡pobre jóven! dice el mundo entero, y la jóven todo lo desprecia: cifra su vida en amenizar su hogar con sus escasas fuerzas, y ¡oh milagro! exclama el mundo: «si este hombre se regenera, el mal no existe, y habitan los ángeles en la tierra.» Pero esto es mentira; á la tierra no vienen ángeles, ni el mal de su suelo arrebató la huella. El mal existe en el alma del hombre; pero vienen espíritus amantes de luz, eviven y dan vida, que progresan haciendo progresar todo en su lado, y Cármen es uno de ellos: su casa es un poema, su vida es una historia en donde las mujeres tomar ejemplos pueden. Su esposo la venera como á su providencia, sus padres la bendicen, y ella, sonriendo entre todos, trabaja sin cesar al lado de su esposo, cuyas ocupaciones en el hogar le retienen. El esposo le participa sus pesares, sus alegrías, sus temores y sus esperanzas, y ella siempre sonríe, siempre guardan sus lábios una palabra dulce, su corazón un plácido consuelo.

Dos hijos ha perdido: dos ángeles que volaron al cielo dejando en sus cunitas vacías un mundo de recuerdos: pero Cármen, que cree en Dios, que lee las obras de los progresistas, modernos autores, que sus horas de descanso las roba para estudiar al lado de su esposo también amante del progreso, sabe que esta existencia no es la única, cree que un día hallará sus ángeles *allá* en el cielo; y en sus horas de pena evoca sus recuerdos: vé en la aurora sus dulces sonrisas; en el aire percibe su embalsamado aliento, y es feliz compartiendo su vida entre su esposo, sus padres, los pobres y los libros; y hoy que es de nuevo madre, vive trabajando y á la vez velando la cuna de su hijo, sorprendiendo sus gracias que comunica á su solícito esposo, formando el conjunto mas armónico de la tierra.

Al ver allí los ancianos padres significando con su edad el caer de la tarde; á los esposos representando el apacible y trasparente medio día de primavera; al ver al niño ensayando la vida como el amanecer tímido del día armonizado todo por un lazo eterno, sentimos alegría, admiración, encanto, y tan solo exclamar podemos: «La mujer virtuosa, la joya mas apreciada de la tierra, vedla en ese pobre recinto. El mal convertido en bien por el influjo de sus virtudes, vedlo en su esposo, imágenes ambos de la felicidad que se goza en la tierra.

Sin otro patrimonio que su trabajo son felices. ¿Quién se atreve á dudarle si en sus semblantes brilla la luz celeste que engalana el cielo; si en su hogar se percibe la suave esencia que emanan las virtudes: el murmullo que atrae con su armonioso acento?

¡Cuán bella es la virtud! ¡qué hermosa es á nuestros ojos la sencilla Cármen que

ta bien la interpreta! ¡Quiera el cielo que nunca el hálito del mundo envenene tu dicha: que mueras como vives, trabajando constantemente en tu progreso y en el de los que te rodean; y que al dejar la tierra, al mirar de léjos nuestro mundo, un grato recuerdo lleves en el alma, y un sentimiento de cariño haga que á tu casita vengas en raudo vuelo!

Humacao, Puerto Rico 6 de Marzo de 1882.

SIMPLICIA ARMSTRONG.

LA VIOLETA BLANCA.

Flor que á la vista se esconde
Por no desplegar sus galas,
Y á ver de ruborizarse
Al fulgor de una mirada;
Flor que cuidadosa oculta
Su pequeñez entre zarzas
Temiendo el céfiro aleve
No bese su frente blanca,
O en mucha estima se tiene
O teme no valer nada.

Yo que aspiro tu perfume
Que mi retiro embalsama,
Yo que tengo tu corola
Cortada por mano blanca,
Blanca, que envidiarla puedes
Y como tú perfumada,
Quiero saber de tí misma
Porque no muestras tus galas,
Brindando tan dulce aroma
A los que á tu lado pasan.

Señor: me tengo en muy poco,
Pero no es esta la causa
De que cuidadosa oculte
Mi pequeñez entre zarzas;
Vos quereis saber mi historia
Y fuera mi historia larga,
Y no me encuentro con fuerzas
Para ver de relatárosla;
Ya veis que estoy casi seca
Apenas de mí se exhala
El delicioso perfume
Que fué de mis males causa;
Voy á morir y muy breves
Serán, Señor, mis palabras.

Ansiosa de ver el mundo
Hubo en mis antepasadas,
Una que siguió en finura
Por encima de otras plantas;
Al aire esparció su aroma,

A la luz mostró sus galas,
Y fué de otras lindas flores
Mas que envidiosa envidiada;
A la orilla de un camino
Con orgullo se ostentaba,
Cuando á pasar acertó
Una hermosa cortesana,
Y en sus rizados cabellos
Colocó la flor preciada.

Llegó la noche y con ella
Llegaron para la dama
Las torpes horas que al vicio
Por vil interés consagra;
Hubo allí negras escenas
Que no son para contadas,
Mentido amor que era cieno,
Protestas mil todas falsas,
Caricias que dan aprobio,
Besos que los lábios manchan.

La pobre flor que era pura
Como las luces del alba,
Sufrió allí lo que no pueden
Espresaros mis palabras;
Lloró su pureza berida,
Lloró su blancura ajada,
Y su inmodestia maldijo
De tantas ofrentas causa;
Y plegando su corola
Cual por el cierro agostada,
Cayó de las rúbias trenzas
Muerta de vergüenza y rabia.

Hé aquí, Señor, el motivo
de vivir tan retirada;
Aquella fúnebre historia
Sirvió de útil enseñanza,
Y hemos aprendido todas,
Y esta convicción nos valga
Que es mejor vivir modestas
Que vivir llenas de infamia.

J. GADEA GALÍ.

De (El Ateneo Mercantil de Valencia.)

SUSCRICION á favor de la familia menesterosa de Ciudad Real.

Suma anterior 329'87 pesetas.—De un espiritista de Málaga, 1'50 pesetas.—Total, 331'37 pesetas.

SAN MARTIN DE PROVENSALS:—Imprenta de Juan Torrents, Triunfo, 4.